



DE LA FORMACIÓN DE UNA IMAGEN URBANA Y SUS SIGNIFICADOS: ¿CALI, CIUDAD CÍVICA?

Camilo Adolfo Mayor¹

Profesor del Dpto.

de comunicación y lenguaje

Universidad Javeriana de Cali

Catedrático Universidad del Valle

camayor@javeriacali.edu.co

Resumen:

El civismo en Cali, Colombia, históricamente ha sido asociado a las “buenas costumbres” impartidas, incluso desde principios del siglo XX, por sectores establecidos o del gobierno local, hacia el resto de la población a través de eventos y campañas que procuran moldear cierta cultura urbana. Estos hechos han generado una representación social urbana de Cali como ciudad cívica. Sin embargo, ¿dicha imagen se corresponde con su realidad? ¿Quiénes y cómo han contribuido a formar esta imagen? Este artículo presenta algunos de los resultados encontrados mediante registro documental a uno de los influyentes periódicos locales aprovechando la celebración de los 450 años de fundación de Cali, en julio de 1986, cuando el fervor cívico revivió con fuerza en la ciudad.

Palabras Clave: ciudad, representación social urbana, civismo, civilidad, ciudadanía.

Abstract:

Citizenry in Cali, Colombia, has historically been associated with “good manners” taught, even since the beginning of the 20th century, some segments established or local Government to the rest of the population through events and campaigns seeking to model some kind of urban culture rules. These events have generated urban social representation of Cali as a town where good manner are respected. However, does this image correspond with their reality? Who and how have helped form this image? This article presents some of the results found by means of documental registry to one of the influential local newspapers taking advantage of the celebration of the foundation of Cali 450 in July 1986, when the civic zeal revived strongly in the city.

Keywords: city, urban social representation, civility, citizenship.

Introducción

El interrogante que abre este artículo tiene un doble sentido y propósito: se indaga sobre la correspondencia entre la realidad social de Cali en un periodo determinado y la representación social cívica de la ciudad que emergió entonces, a efecto de describir y confirmar o desconfirmar dicha relación; pero también se cuestiona acerca de si, efectivamente, eso que se llamó civismo y distinguió a esta ciudad colombiana, en verdad lo fue; es decir, se trata de volver al concepto, revisarlo y observar cómo fue aplicado, al punto que derivó en una imagen urbana reconocida en el contexto nacional.

Diversas circunstancias históricas que atravesó la ciudad, incluso desde principios del siglo XX, como se verá, pudieron tomarse para realizar este ejercicio; se prefirió² abordar uno de estos hechos, ocurrido a mediados de los años ochenta, cuando la ciudad llegó a la celebración de los 450 años de fundación, en medio de una serie de campañas de corte filantrópico que removieron e impulsaron la idea de Cali como ciudad cívica.

Una vez esto, se procedió a la revisión documental del diario El País, que sirvió como fuente primaria a esta investigación, con la hipótesis de que tales campañas sirvieron para promover la representación social cívica de Cali, mediante la cual sectores dominantes y establecidos de la ciudad procuraban conducir y controlar a la población marginada urbana. Esto se realizó a través de la aplicación de un modelo de análisis que resultó de la consulta de diversos autores y vertientes disciplinares de las ciencias sociales.

El análisis hizo especial detenimiento en el concepto de representación social referido a la ciudad. Tarea compleja, como quiera que el estudio de sistemas simbólicos por parte de las ciencias sociales y en el marco de una fuerte tendencia interdisciplinar que cobró vigor desde mediados del siglo pasado (Wallerstein, 2006), terminó, en ocasiones y en el contexto nacional, por confundir la noción con otras muy emparentadas como imagen, imaginario, bulo, mito, mentalidad, ideología, “pregnancia simbólica” y “fantasmagoría”.

1. El corpus teórico

A fin de disminuir y contrarrestar dicha tensión, se prefirió tomar el concepto iniciando con el sociólogo Emile Durkheim (1993), pionero en dar un estatuto científico social a la noción, en términos de representación colectiva. Este autor, en sus estudios sobre religión y sociedad, advierte cómo “una sociedad está compuesta principalmente por la idea que tiene de sí misma” (661). En consonancia con lo anterior, el antropólogo Maurice Godelier distingue cómo “toda relación social incluye una parte ideal, una parte de pensamiento, de representaciones. Estas representaciones no son únicamente la forma que reviste esa relación para la conciencia, sino que hacen parte de su contenido” (1990:157). Lejos de ser una instancia separada de las relaciones sociales, una apariencia o un reflejo de éstas, las constituyen.

Con ello quedaba claro cómo las representaciones colectivas, según lo expone Josetxo Beriain, contribuyen en la formación de sentido social: representar socialmente es dotar de sentido al mundo a partir de un sistema de conocimiento que se sustenta sobre una estructura simbólica (sistema cultural, como lo denomina este autor), gracias a la cual “una sociedad organiza su producción del sentido, su identidad, su nosotros” (1990:197)³, estableciendo un lenguaje común de reconocimiento. Desde la psicología social, Moscovici apunta en tal sentido definiendo la representación social como...

“una modalidad particular del conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. La representación es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación” (1973:17,18).

Dicha línea teórica, así esbozada, se aterrizó a su objeto: la ciudad es entendida como una construcción social que incluye la formación de representaciones. Más que un espacio físico, es un espacio social, su formación y configuración se explican socialmente, pues en ella se diseminan funciones, relaciones y actividades que determinan posibilidades de vida interhumana. Dicho en otras palabras, la ciudad, en tanto producción humana, es objeto de la formación de sentido, de significado, mediante representaciones sociales que emergen y varían, acorde con las dinámicas sociales que ésta atraviesa, a las relaciones sociales que contiene. Son precisamente sus representaciones una forma de conocerla, de identificarla, de nombrarla. Siendo así se definió la representación social de una ciudad como la estructura simbólica mediante la cual es posible acceder a una forma de conocimiento de un espacio social urbano dinámico y determinado.

2. El método de análisis documental

Como se señaló, la investigación acogió la metodología de análisis documental, tomando como fuente primaria el diario El País de Cali, el cual se revisó en todo su cuerpo, en los meses de mayo a septiembre, a fin de observar los momentos previos, simultáneos y posteriores a la celebración de los 450 años de fundación de esta ciudad, ocurrida el 25 de julio de 1986.

Una vez esto se organizó la información para una posterior labor descriptiva y de análisis a través de la operacionalización de nociones precisas, identificadas y definidas luego de un ejercicio de lectura intensiva y selectiva de la literatura relacionada con representaciones sociales, en lo cual varios de los autores señalados atrás, resultaron claves. Así se llegó a los *procesos* y las *funciones* que comprenden una representación social. Faltaban los *agentes*. Y fue gracias a Norbert Elias (1998), George Balandier (1994), José Luis Romero (1999) y el propio Jesús Martín-Barbero (1987), como se identificaron los actores propiciadores de las representaciones sociales. De esta manera, se obtuvo el siguiente cuadro.

Ficha de análisis	
Agentes de la representación social	Instituciones políticas: básicamente el Estado, en tanto entidad legítima de organización social y política
	Grupos establecidos o normalizados: caracterizados por poseer una estructura social cerrada, en cuyo interior hay un reconocimiento de sus miembros: detentar y ostentar poder político y/o económico, actuar como grupo dominante, tener una trayectoria de establecimiento más extensa, disponer de marcajes de tradición y distinción. Por oposición se encuentra el grupo no establecido o marginado o anómico, hacia el cual estaría proyectada la representación social.
Procesos de la representación social	Medios de comunicación : actores privilegiados de los procesos de producción y mantenimiento de sentidos sociales. Objetivación o tipificación: hacer real un concepto; asimilar la idea a la materia a efecto de que la realidad sea accesible al conocimiento compartido y al objeto se lo pueda identificar.
	Anclaje o institucionalización: inserción de dicho objeto en un sistema de significaciones: es la asignación o correspondencia de significado al mundo objetivado, haciéndolo funcional y comprensible al colectivo, posibilitando el uso de un lenguaje común y guiando u orientando, incluso, la conducta de los integrantes del grupo. Se refiere al proceso constitutivo de estructuración de un universo simbólico que busca “legitimar procedimientos para conseguir la movilización de masas”.
	Ritualización: a través de su práctica habitual y compartida, se instituye ese universo simbólico. Fijar la realidad e interpretarla: definir el origen, la naturaleza, el funcionamiento de una realidad presente en el pensamiento.
Funciones de la representación social	Organizar y controlar las relaciones sociales: fijar reglas de conducta a través de permisos o prohibiciones. Propiciar la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos.
	Legitimar o no las relaciones sociales: asegurar la permanencia y la unidad de los grupos a pesar de las contradicciones.

3. El civismo en Cali, una larga trayectoria

A través de fuentes secundarias se pudo advertir cómo el civismo en Cali databa de largo tiempo, incluso desde comienzos del siglo pasado, cuando las autoridades administrativas del joven municipio lo invocaban como patrón de conducta entre los pueblerinos caleños. Es decir, en sus albores, el civismo apareció referido a las buenas costumbres, a la regulación de la conducta, a un modelo de comportamiento ejemplar que debía ser asumido por la parte de la población “rústica” expuesta a una pedagogía del “buen ciudadano”, en procura de cierto efecto “modernizador” de la ciudad. Oportuno resaltarlo dada la distinción que hay entre *civismo*, *proceso civilizatorio* y *civilidad*, nociones que en el discurso histórico difundido en esta ciudad se ha confundido y sobre lo cual el balance arrojado por una serie de investigaciones⁵, no precisaba. Estas categorías son definidas más adelante a efecto de observar, por lo pronto, cómo se presentó y se extendió su uso en la ciudad.

Se encontró entonces que el civismo se había visibilizado a través de algún hecho de cierta connotación en la vida pública de la ciudad; por ejemplo, la puesta en servicio de alguna obra, la organización de un evento de especial resonancia para la urbe, la realización de un paquete de proyectos incluidos en un plan de desarrollo urbano, o la conmemoración de una fecha... es decir, si se quiere, “hitos” en el devenir social, impulsados por dirigentes de los sectores político y económico locales, quienes a través de estas situaciones impartían, entre el resto de la población, pautas del buen comportamiento y del respeto del orden, traducidas en el correcto abordaje del bus, en ser respetuoso y ceder el puesto y demás normas de urbanidad; en la limpieza y la preservación de los lugares públicos físicos. Extendían la idea de que dicha conducta era general y uniforme y que ciertos lugares pertenecían a todos.

Esto se vio más claro cuando en un discurso pronunciado a principios del siglo XX, a propósito de la inauguración del servicio de acueducto y alumbrado público, se advirtió la necesidad de “que la población en general adquiriera la decencia y una cierta virtud cívica⁶ ligada a la vigilancia de la moral pública [...]. Para ello la autoridad reformó los códigos de policía, instruyó a los escolares en educación cívica, habló de la importancia de la salubridad pública y de la higiene escolar” (Granados, 1996:59,93). A través de tales preceptos y normas se buscó controlar cierto “desorden” en los alrededores de las pilas de agua donde confluía gran cantidad de gente, lo mismo que los actos licenciosos que se presentaban aprovechando la penumbra de las calles de la Cali de principios de dicha centuria:

“Es obvio que la introducción de la luz eléctrica pública y privada debió causar grandes cambios e impacto en la vida cotidiana del caleño... (por) la utilización con fines moralizantes que de ella se hizo [...] la población fue muy celosa en reclamar y vigilar porque aquellos aspectos que daban a la ciudad una imagen desordenada y poco civilizada⁷ fueran erradicados. Entre estos: el escándalo público y la conservación de la moral pública, la correcta ubicación de prostitutas, vagos y mendigos, el arreglo y embellecimiento de calles y parques; la reubicación de espacios públicos generadores de basura, desorden y malos hábitos como la plaza de mercado, las pilas públicas, las casas de lenocinio, las chicherías, y cantinas, los botaderos de basura las casas de juego” (76).

Es posible que esta actitud guarde alguna relación con cierto ethos propio de las relaciones de dependencia, paternalistas y patrimonialistas que caracterizó las relaciones sociales entre terratenientes hacendados y los esclavos de la Cali de entonces, ya que “la propiedad y el control de la tierra no sólo conferían poder económico, sino que se convertían en un mecanismo para mantener control sobre la estructura social” (Escorcia, 1981:118). Germán Colmenares, al respecto, advierte cómo “no debe perderse de vista que el sistema de producción de la Hacienda, aunque esclavista, comunicaba rasgos patriarcales que permitían y, aún, estimulaban la reproducción de los esclavos en su interior” (Colmenares, 1997:52); pero además, podían lograr la manumisión de los esclavos dóciles, como “recompensa a (sus) buenos y leales servicios” (57).

En esta rápida mirada sobre cierta trayectoria del civismo en Cali, es de resaltar el común denominador de su aparición: a través de algún evento especial promovido por sectores dominantes de la sociedad que en su discurso, aconductan y enseñan formas de convivencia pacífica, solidaria, respetuosa, ordenada, limpia y sumisa, en las que el conjunto social quede sancionado, identificado y comprometido.

Así también se presentó en 1948, cuando, con ocasión del levantamiento del plano de Cali con sus nuevos barrios en plena expansión, “don Floirán Holguín Balcázar, escribió a un lado del mapa la siguiente nota titulada ‘Algo de civismo’: en los países civilizados⁸ nadie se para en las esquinas y puertas, ni en las aceras, para no interrumpir el andar: no se escribe en las paredes, no se pegan carteles... da grima ver cuán grande es el saldo que nos queda de nuestro pasado aborigen” (Ulloa, 2000: 165, 166).

También con ocasión de la realización de los VI Juegos Panamericanos, en 1971, se observó cómo el deporte y el civismo se hallaron relacionados de manera estrecha e insistente; entonces, se definió el civismo como “el comportamiento habitual de un ciudadano en la ciudad que habita: no botar basura a la calle, cuidar los parques, respetar los semáforos, acatar las fórmulas de convivencia. El civismo, se ha dicho, es un problema fundamental en la preparación de los VI Juegos Panamericanos” (Bedoya, El País, 5 de enero de 1971). Aquí no era la puesta en funcionamiento de los servicios públicos, como a principios de siglo, ni el levantamiento de uno de los primeros planos de la ciudad, como sucedió después; se trataba de algo más fastuoso, era el gran evento, la mirada internacional estaría puesta en Cali, de suerte que el mundo debía encontrarse con una población “cívica”, ordenada, domeñada en sus pasiones, aconductada. Sin embargo, la “fiesta” deportiva pasó y Cali se halló de nuevo con la “resaca” de una realidad contrastada.



4. 450 años: un motivo más

Como se ha observado, estos eventos implicaban la implementación de elementos de modernidad y desarrollo a la ciudad, como contraposición al rezago o a las dificultades que afrontaba.

En un paneo ilustrativo, a partir de titulares recogidos del diario El País, fue posible dar cuenta de varias situaciones problemáticas que caracterizaban la realidad social de la ciudad en los años ochenta, las cuales sirven para dar una idea del contexto en el que se enarbó de nuevo al civismo, con ocasión de los 450 años de Cali: “En Cali nacen 120 niños por día, siendo la ciudad colombiana donde más se multiplica la familia” (16 de marzo de 1980); “Escalada terrorista contra inspecciones” (15 de abril de 1984); “Frustran atentados con bomba en Cali” (28 de abril de 1984); “Siguen en Cali operativos contra el narcotráfico” (5 de mayo de 1984); “Aumenta la mendicidad en Cali” (6 de mayo de 1984); “Toma sangrienta en Yumbo por el M-19” (12 de agosto de 1984); “Caos del tránsito en Cali” (30 de septiembre de 1984); “Crece desempleo profesional en Cali” (10 de octubre de 1984); “La violencia, el personaje del año” (30 de diciembre de 1984). Titulares desplegados en medio de una realidad local que, en líneas generales, atravesaba una intensificación de la economía de servicios camino a la apertura de mercados, el narcotráfico, el asentamiento de una clase media urbana en procura de enclasar, la emergencia a la carrera política de miembros de sectores medios de la población, el empleo de métodos indirectos y efectivos, por parte de las élites económicas, para favorecerse de recursos públicos; la inserción de la sociedad local en las nuevas dinámicas de la globalización, la presencia insurgente en las periferias urbanas, la proliferación de organismos y campañas filantrópicas, y la multiplicación de formas de violencia urbana, una de las cuales cooptó el lema “Cali limpia, Cali linda”, para exterminar, ex profeso, a los excluidos de la sociedad.

¿Cómo contener y encauzar tal desborde? Retomando a José Luis Romero (1999) fue posible dar cuenta de cómo en las “ciudades masificadas” de América Latina sectores “normalizados” o establecidos, obligaron al conjunto de la población a mantener modos de comportamiento a través de la imitación de protocolos de cortesía, acatamiento al orden dado, cumplimiento de las normas e, incluso, fijación de “buenas maneras” de tomar un vaso, un tenedor... o, para el caso de Cali, de arreglar el antejardín, pintar la fachada, barrer el andén, no arrojar basura a la calle, hacer la fila para tomar el autobús, hacer caso a las campañas de limpieza, etc... Camacho y Guzmán remarcan cómo en medio de este contexto proliferaron en la ciudad diversas organizaciones sin ánimo de lucro y de carácter filantrópico que reforzarían el civismo, el amor por la ciudad, los deberes de los dirigentes y los dirigidos y el sentido de pertenencia del conjunto de la población (Camacho y Guzmán, 1990:189). Es decir, se planteaba así que el civismo servía como un mecanismo de control ante la presión social, haciendo las veces de “puente” tendido por los sectores dominantes de la población hacia el resto del conjunto social para tratar de contener y encauzar la realidad conflictiva.

Para ello se requería un evento tan o más efectivo y estentóreo que los anteriores. Y fue hallado: los 450 años de fundación de Cali, el 25 de julio de 1986, un nuevo hito, un motivo más.



Y así llegó Cali a sus efemérides en medio de diversas actividades que rodearon el trisesquicentenario, todas como parte del festejo y detonantes de una representación social cívica de la ciudad. Además de la visita papal, otras actividades fueron la campaña de aseo y mantenimiento de la calle Quinta “Vamos a arreglar a Cali”, organizada por el diario El País y radio Caracol; el Festival de Arte, que luego de 16 años de suspensión, volvió a realizarse; también se llevó a cabo la peatonalización de vías, el arreglo de andenes en el centro de la ciudad, el enlucimiento de diversos monumentos y parques, y, en general, concursos, campañas y torneos deportivos en honor al aniversario...

En realidad, como bien lo señaló el diario, “la celebración de los 450 años se ha convertido en pretexto para todo. Cuanto evento realizan por esta época es promocionado como un homenaje a la ciudad. En la lista se incluyen reinados, desfiles de comparsas, aniversarios de barrios, torneos de fútbol callejero, siembra de árboles, festivales de farándula y hasta rifas. Afortunadamente, a partir del sábado⁹ tendrán que buscar otra justificación” (El País, 23 de julio de 1986).

5. Los vacíos del civismo en Cali

Pero, ¿de qué manera toda esta celebración permitió la formación de una representación social de Cali como ciudad cívica? ¿Qué relación guardaba con la realidad de la ciudad? ¿Quiénes participaron en la producción de esta imagen de ciudad?

Es necesario señalar que este artículo no se detiene en lo hallado durante el tiempo previo a la fecha de celebración del cumpleaños caleño, sino a su fase posterior. Con la información recogida del diario El País, se procedió a su análisis dando cuenta de la actuación de los tres agentes sociales señalados atrás, en cada uno de los tres procesos de formación de una representación social, según las respectivas funciones descritas.

De entrada, se pudo constatar cómo a cada proceso de formación de una representación social correspondía una función; es decir, la dinámica interna de la representación social guardaba un orden acorde con ciertos propósitos. De esta manera, para la imagen cívica de la ciudad se halló que al proceso de objetivación correspondía la función de fijar la realidad e interpretarla; al de anclaje o institucionalización, la de organizar y controlar las relaciones sociales y al de ritualización, la de legitimarlas. Sobre esta última relación, se encontró también que ambos, proceso y función, fueron los que menor intensidad y concreción tuvieron.

Igualmente, se encontró que todo un despliegue de esfuerzo vertido en las actividades realizadas por los tres sujetos colectivos para promover una representación social cívica de Cali, en sus dos primeros procesos, no tuvo la fuerza en el último: se halló



una débil o acaso invisible práctica habitual y compartida que permitiera la permanencia y la unidad de los grupos, a pesar de las diferencias sociales. No hubo un efectivo y generalizado proceso de ritualización del civismo en Cali.

Es decir, este proceso que cierra el ciclo de producción y reproducción de una representación social no se presentó ya que no se hizo evidente la práctica consensuada y continua del universo simbólico que los tres agentes sólo lograron promocionar.

Con ello se palpó la frágil estructura del puente montado sobre el civismo que la ciudad establecida tendió hacia la ciudad anómica para cooptarla en función del orden establecido.

Las instituciones estatales, por ejemplo, pretendieron promover ciertas prácticas “cívicas” a través del apoyo a algunas de las campañas que se realizaron manteniendo una actitud “ejemplarizante” y a imitar; como ocurrió cuando la base de la Fuerza Aérea Colombiana se sumó a una de las tantas jornadas de limpieza y en una fotografía publicada en el diario (El País, 11 de mayo de 1986) aparecen soldados en camisilla acompañando a varios niños y haciendo aseo en una vía de la ciudad. O, como se ha anotado, cuando la misma empresa de servicios de limpieza municipal organizaba dichas campañas mediante concursos que promovían la práctica generalizada del aseo en lugares públicos. Es decir, el proceso de ritualización de la representación social cívica, por parte de las instituciones políticas, no fue compartida y se limitó a mostrar y a exhortar, de manera unilateral y moralizante, cuando no sancionatoria, como en el caso de los listados que expidió la oficina municipal de Inspección Urbana, de los propietarios que no correspondieron al llamado al arreglo de la calle Quinta, tal como se observó atrás.

En cuanto al grupo de los establecidos, su papel, en procura de ritualizar el civismo en la ciudad, se sostuvo en participar y liderar actividades que permitiesen un aconductamiento generalizado del colectivo social, sólo que de manera moralizante y sancionatoria, pero además, filantrópica, sin pretender profundizar y sí distensionar la problemática social. Fue así como se usó y se concibió la idea de civismo por parte de este colectivo:



“La convivencia ciudadana es producto del añejamiento; sólo una comunidad de vivencias, valores, sueños, hace posible la vida cotidiana en paz. Cuando la inmigración se produce en tal volumen que altera sustancialmente, las normas de vida de la ciudad, es esa herencia colectiva la que permite la asimilación de los nuevos miembros, el aprendizaje de sus aportes. Cali es un buen ejemplo de ciudad abierta [...] hubo cabida para todos, colombianos, extranjeros y prosperidad para todos; hubo otra multitud que no trajo consigo cosa distinta que su miseria y su anhelo. Sigue llegando, pero también ha encontrado que todos los esfuerzos ciudadanos se orientan a lograr su integración a la vitalidad, a la alegría que es Cali: los elementos de unidad entre la clase dirigente educada, precursora, consciente de sus responsabilidades sociales, y esa gran masa sin educación y sin bienes de fortuna ha sido el civismo, el cultivo de la ciudad como patrimonio de todos...” (El País, 22 de julio de 1986).

Se insistía en la idea del civismo como “la mano tendida” generosamente (¿paternalista?) por una ciudad establecida a una marginada para conducirla y relajar tensiones. De allí los conciertos de música “clásica” europea en escenarios populares y abiertos (El País, 30 de junio de 1986), el acompañamiento en la construcción de bahías de parqueaderos para buses en el centro de la ciudad que buscaban ritualizar el orden (El País, 14 de junio de 1986) en el tránsito, la realización de diversos actos culturales “por amor a Cali” (13 de junio de 1986), entre otras actividades que por su carácter efímero, espontáneo y unilateral, no fomentaron una práctica consensuada y horizontal del civismo en el conjunto social: era la idea desde el “saber ser buen ciudadano”, hacia un recipiente vacío, sin antecedentes, ni trayectorias, el recién llegado marginal, “el no saber ser ciudadano”.



Por su parte, el papel del diario en la ritualización de la representación cívica de Cali tuvo algunos elementos específicos, propios de su condición de medio de comunicación. El periódico, a través de la publicación de alguna situación que convocara al civismo, podía no sólo mostrar de manera ejemplar cómo la gente efectivamente ritualizaba el civismo, también podía alentarlos. Y ello se ilustra, por ejemplo, a través de una fotografía en la que se registra el interior de un barrio popular cuyos habitantes se dedican a pintar las fachadas de sus viviendas: “con motivo de la visita papal y los 450 años, las casas particulares se están enluciendo, un buen ejemplo que debe contagiar a todos los caleños” (13 de mayo de 1986). Es decir, se toma un vecindario popular¹⁰ como ejemplo, pero también como constatación.

También el medio convocó la práctica del civismo a través de diversas campañas, entre ellas la de “Vamos a arreglar a Cali”, la cual, como se señaló, fue un activo organizador (El País, 24 de mayo de 1986). Además,

al sancionar qué era cívico y qué no, orientaba su ejercicio: “vergüenza caleña: un punto negro de la Calle Quinta [...] Se espera que Cali dé otra muestra de civismo” (El País, 24 de mayo de 1986).

Pero tampoco el diario, como las instituciones políticas ni los establecidos, lograron fomentar rutinas o ejercicios generalizados y compartidos de civismo en Cali. ¿Por qué no hubo un efectivo proceso de ritualización de la representación cívica de la ciudad? Sin duda, la realidad caleña era mucho más compleja e, incluso, contradictoria, más que la apuesta por hacer de ella otra cosa a partir de una representación cívica. No se trató de que Cali no fuera cívica a raíz del fallido proceso de ritualización de esta representación social urbana; más bien la debilidad de dicho proceso obedeció a que la realidad social era mucho más difusa y problemática.

Culminados los tiempos festivos y ya sin hechos notorios que permitiesen su continuidad, rápidamente, el fervor cívico fue amainando y comenzaron a hacerse evidentes los contrastes de una ciudad cuya representación social terminó por desestructurarse en su dinámica interna: al final la compleja realidad caleña se impuso.

Acerca de lo ocurrido con la representación social cívica de la ciudad en esta segunda fase, es de resaltar que los tres colectivos sociales disminuyeron su tarea como agentes de la misma.

Fueron los grupos establecidos y el medio de comunicación los que porfiaron por mantener la idea de que Cali era cívica, conviniendo en que “era necesaria una inyección de civismo que nos ayudara a integrarnos con nuestro terruño” (Hurtado, El País, 4 de agosto de 1986). “La ciudad necesitaba usar su fecha de aniversario como un trampolín, un impulso social y cívico para hacer obras” (El País, 17 de agosto de 1986). Especialmente, los establecidos se mostraron vigilantes de las obras al solicitar a las autoridades locales el cuidado de las mismas, de su ocupación o deterioro, por parte de los vendedores ambulantes (Azuelo, El País, 5 de agosto de 1986), e, incluso, conformaron “comités cívicos” para conservar algunas de ellas, como las realizadas a lo largo de la Calle Quinta (El País, 6 de agosto de 1986). Ambos, los grupos normalizados y el diario intentaron una campaña “cívica”, auscultando entre algunos periodistas qué era lo que más les gustaba de la ciudad: el civismo, fue la respuesta (El País, 10 de agosto de 1986) más afectada por el pasado reciente y su vínculo mediático que por su evidencia empírica.



Los intentos por mantener activa la representación social cívica de Cali fueron más bien débiles por parte de los agentes que la procuraban, siendo el de las instituciones políticas el más rezagado. Ello, en razón a la tardanza en la entrega de varias obras que el municipio, como ejecutor, debía concluir y cuyo retraso despertó una serie de críticas por parte de un sector del grupo de los establecidos: los comerciantes agremiados. Justamente, el choque entre éstos y la Administración Municipal se agudizó pasados los festejos. Aducían los primeros una parálisis del comercio en razón a las obras que se estaban realizando en el centro de la ciudad, por lo cual solicitaron controlar las ventas ambulantes, reabrir varias calles que habían sido peatonalizadas y eliminar fuentes ornamentales a cambio de centros de control policivo (El País, 8 de septiembre de 1986); lo anterior, so pena de suspender indefinidamente la actividad comercial (El País, 2 de septiembre de 1986). Ante la presión de los comerciantes, el Municipio se sostuvo en que “la peatonalización de dos o tres cuadras jamás acabará con el comercio del centro de la ciudad” (El País, 18 de septiembre de 1986). Finalmente, se vio forzado a convocar a un foro, al cabo del cual se consideró revisar algunos de los proyectos en marcha, al tenor de la planificación urbana (El País, 25 de septiembre de 1986). Pero las diferencias entre sectores dominantes fueron más allá del enfrentamiento entre las instituciones políticas y los establecidos, como quiera que al interior de este último grupo también se escucharon disonancias con respecto a lo ocurrido:



“¿Qué dicen los peatones?: el debate estuvo al rojo vivo; sin embargo, nadie ha consultado al peatón quien, en últimas, sufrirá o disfrutará del cierre del Paseo Bolívar, la Plaza de Cayzedo y las calles 11 y 12; sinceramente, creo que la peatonalización del Paseo Bolívar ha sido un acierto, pues se recuperó la parte urbana de Cali que es como su carta de presentación, para caminarla; en cuanto al cierre de la calle 12, no veo por qué los comerciantes están tan preocupados, nadie compra desde un carro...” (López, El País, 27 de septiembre de 1986).

Todo lo anterior mostró que no bien concluidas las diversas actividades que concitaron una representación cívica de la ciudad, las diferencias entre los grupos dominantes de la sociedad caleña tomaron cierto realce y pusieron en evidencia la puja de poderes a partir de intereses que, como en el caso de los comerciantes agremiados, no consultaba el provecho de la ciudadanía en general. Al contrario, pretendía disponer del centro de la ciudad como su feudo. Con tal disputa, resultaba imposible sostener cualquier campaña que invocara al civismo, menos aún si sus efectos pretendidos, correspondientes al llamado a la civilidad, a las buenas maneras y a la uniformidad y relajación de las diferencias, no se presentaban en el seno de los colectivos sociales que la invocaban.

La ausencia de hechos detonantes de civismo, una vez culminadas las celebraciones, terminó por desestructurar los procesos de producción de la representación cívica de la ciudad, específicamente los de objetivación y anclaje, con sus respectivas funciones. Del último proceso, el de ritualización, basta decir que si el ejemplo cívico no cundió entre los sectores dominantes, fragmentados e interesados, mucho menos se podía esperar que el conjunto de la sociedad caleña replicara virtud y buenas maneras.

De allí que los contrastes de la compleja realidad social terminaran por imponerse. Por ejemplo, los augurios hechos por el inminente daño de las obras recién realizadas con motivo de los 450 años, se cumplieron: “nuevamente fue destruida la malla colocada en el separador de la Calle Quinta y derribado uno de los postes del alumbrado público” (El País, 1o. de agosto de 1986); al poco tiempo, “otra vez, ya se perdió la cuenta del número de veces en que la malla vial ha sido despedazada por vehículos guiados por irresponsables...” (El País, 9 de septiembre de 1986). En la misma línea, “muy lindas las obras de los 450 años, pero es necesario implementarla con muebles urbanos que los caleños ya saben usar. En el Puente Ortiz hemos visto a personas arrojando desperdicios al río: no hay recipientes para basura” (El País, 9 de agosto de 1986). Realizaciones que se suponían debían alentar un sentido cívico y ordenar las costumbres, no alcanzaron tal propósito: “En Cali se ve de todo, en una vía del centro, por ejemplo, numerosos vendedores ambulantes y estacionarios cierran la vía para vender sus artículos. El paso de los automotores es imposible, los vecinos han llamado la atención, pero todo sigue igual” (El País, 11 de agosto de 1986). Y las críticas a las que aún no se entregaban continuaron: “nunca antes había visto ejecución más lenta de unas obritas de ornato que las que se vienen realizando en Cali para celebrar un cumpleaños de la ciudad que ya pasó y que han perjudicado mucho a la ciudadanía por el cierre de vías...” (Gaviria, El País, 17 de septiembre de 1986). Hubo incluso quien las calificara como cosméticas y frívolas, “captadas por urbanistas teóricos en paseos por el mundo. En lugar de rescatar áreas distorsionadas lo que hicieron fue entronizar usos espúreos y exóticos del suelo público en detrimento del uso del suelo privado” (Kattan, El País, 13 de septiembre de 1986). Peor aún, las críticas adelantadas por arquitectos asociados que, al respecto, señalaron cómo, “en lugar de espacios públicos, pese a las millonarias inversiones, se han construido avenidas, puentes y en poca proporción se ha beneficiado al ciudadano corriente [...] Los proyectos ejecutados para rescatar los espacios para el peatón han sido desposeídos de su filosofía y confinados a simples lugares de paso” (El País, 17 de septiembre de 1986).

Estos expertos, “con ocasión de un concurso hecho a la mejor fachada de la Calle Quinta, organizada por El País y Caracol en cumplimiento de una campaña para recuperar esta importante arteria de Cali, la Sociedad Colombiana de Arquitectos iniciaron que para el caso de Cali hay una verdadera crisis de producción de buena arquitectura” (El País, 11 de agosto de 1986) aludiendo, en general, al desorden estético de la vivienda urbana, sobre lo cual la editorial del diario se preguntaba si ello correspondía a “hacinamientos desesperantes donde la calidad de vida se ve reducida en sus posibilidades y es muy poco lo positivo y generoso que puede surgir del espíritu de sus pobladores” (El País, 12 de agosto de 1986). Entre tanto, la Administración Municipal procuraba, mediante reglamento, disponer el crecimiento ordenado de la ciudad “para evitar que el desarrollo

urbanístico avance sin control; se recomienda la expansión de Cali hacia el norte, sur y el piedemonte de la cordillera occidental” (El País, 9 de agosto de 1986); pero, en contravía, el oriente, el Distrito de Aguablanca...

...además de ser uno de los sectores más marginados de Colombia, es zona de escape para centenares de familias que no pudieron continuar pagando arriendo y otras que se cansaron de vivir hacinados en barrios populares [...] Todas las consideraciones de la planificación del desarrollo urbano fueron desbordadas por la avalancha de familias desesperadas [...] y desplazadas de otros barrios por dos motivos: la incapacidad de seguir pagando inquilinato y el deseo de tener vivienda propia. (El País, 14 de septiembre de 1986).



A tales despropósitos de una ciudad cívica, se sumaba la ola violenta que continuaba dejando muertos en las vías periféricas y del centro urbano: en barrios populares, “cuatro crímenes de pistoleros motorizados” (El País, 7 de agosto de 1986); “En el Distrito de Aguablanca, otro triple asesinato: en un lapso de 16 horas fueron asesinadas 15 personas [...] Es la segunda masacre luego de que en junio fueran baleadas 18 personas, la mayoría de extracción humilde” (El País, 6 de septiembre de 1986). Sobre tal masacre, la editorial del diario reseñó cómo “la inseguridad ha hecho de nuestras urbes infiernos de cemento. Cali reclama una acción firme que dé término a esta barbarie” (El País, 6 de septiembre de 1986): la respuesta a una ciudad bárbara, pero cívica fue: para poner fin a la violencia, el ministro de Defensa indicó que en Cali se incrementará pie de fuerza con 300 agentes en una medida urgente” (El País, 20 de septiembre de 1986): control policivo en una ciudad cuyo control cívico no bastó.

Es decir, el civismo efectivamente fue un mecanismo de control social empleado vertical y unilateralmente por parte de sectores dominantes de la sociedad local; no obstante, no logró legitimar las relaciones sociales, ya que profundos contrastes de la realidad social caleña cohabitaban y, a la postre, contrariaban la pretensión de domeñarla a partir de jornadas y celebraciones arbitrarias que enaltecían el civismo como fundamentación ciudadana.

6. Civismo, civilidad, proceso civilizatorio

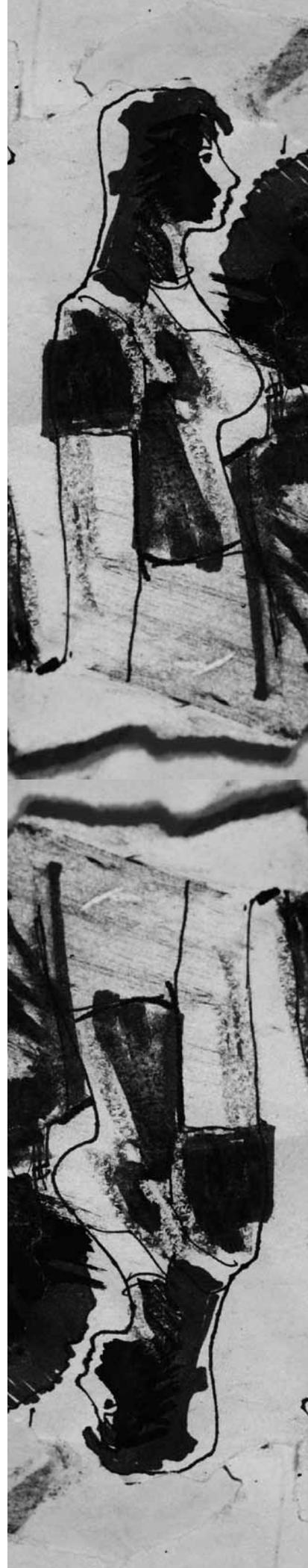
Pero el civismo “poco tiene que ver con la cansina añoranza del llamamiento a un rearme moral que suele provenir de los reductos más conservadores, para quienes sólo parece existir la ética del mercado y el afán por perpetuar una situación de ventaja individualista, adornada por el mantenimiento de las apariencias morales, característico de la burguesía” (Llano, 1999:20).

El “humanismo cívico”, en cambio, es definido por el profesor Alejandro Llano como la “actitud que fomenta la responsabilidad de las personas y las comunidades ciudadanas en la orientación y el desarrollo de la vida política; postura que equivale a potenciar las virtudes sociales como referente radical de todo incremento cualitativo de la dinámica pública” (15); es decir, el civismo visto desde una perspectiva política de formación ciudadana para la participación con sentido público.

Lo otro, hablar cortésmente a los vecinos, mantener el vecindario limpio, atender a los desvalidos, etc., tal como lo explica Regis Debray, es referirse a la civilidad; “el salvajismo empieza por las pequeñas faltas de civilidad [...] la cortesía es indispensable para cualquier vida en común. Pero la ciudadanía es más que saber vivir” (Regis, 2000:29).

Y aquí el carácter de ciudadano supone el ejercicio del civismo, una condición de vida humana más sofisticada que la propia civilidad: “el ciudadano es alguien para quien sus deseos no son la última palabra y que, en vez de preguntarle si le gusta o no pagar impuestos, se pregunta si es, en sí, justo hacerlo” (45). En tal sentido, “los ciudadanos son la contrapartida individual de un régimen y un Estado democráticos. El fundamento de la ciudadanía es la premisa de la autonomía de todos los individuos y, consecuentemente, su igualdad básica [...] Una ciudadanía efectiva no consiste únicamente en votar sin coacción; es también un modo de relación entre los ciudadanos y el Estado y de los ciudadanos entre sí” (O’Donnell, 1999:83-84), en correspondencia con el legado de la Revolución Francesa, que señala que el “ciudadano propietario” o privilegiado no se erige en el modelo para pensar la ciudadanía, pues...

...“está por fuera del civismo, él es considerado enemigo de los derechos comunes [...] En 1789, la igualdad civil y la igualdad del civismo se superponen. Se produce la crítica de los órdenes y de los cuerpos o corporaciones y el rechazo de la representación de los intereses conducen a exaltar al individuo abstracto, miembro del todo social, en consecuencia la esfera política no está separada de la esfera social [...] El lazo cívico termina por figurar, en su abstracción, el arquetipo de la relación social. Él es la pura figura de lo social y encarna su esencia. El doble trabajo de la abstracción hace de cada individuo una parcela de la fuerza soberana, al tiempo que superpone la esfera política y aquella de la sociedad civil” (cfr. Sobre Pierre Rosanvallon, 2004):





... lo público interesa a todos y todos participan; el civismo entendido aquí sí, como una condición igualitaria de vida.

En ese sentido, es posible afirmar que lo que las élites establecidas en la ciudad propendieron fomentar en Cali correspondió más a una condición de civilidad entre la población no establecida, invasora “inculta”, que de civismo, según lo definido anteriormente. Incluso, parafresando a Gutiérrez Sanín, el civismo en Cali tuvo como característica el fortalecimiento y la reiteración de una “ciudadanía de las virtudes”, a costa de una nula “ciudadanía de los derechos” (Gutiérrez, 1998:51). Ya al comienzo de este capítulo, cuando se mostró al civismo como un mecanismo para acondicionar utilizado con ocasión de diversos hitos que se presentaron a lo largo del siglo pasado, se observaba cómo en el discurso empleado se confundían virtudes cívicas con civilización, pues tal era (y todo apunta a que lo sigue siendo) la falta de rigor conceptual con que se manejaron estas nociones. Tal vez, también, porque tampoco interesaba a las élites llegar más lejos en los alcances del verdadero significado del civismo en la relación de la civitas con el ciudadano en formación... tal vez porque la intención era “domesticarnos para vivir mejor: lo doméstico recoge bien el énfasis en la obediencia combinado con el contraste civilización-naturaleza” (52).

A decir verdad, el civismo ha sido el gran ausente de la vida ciudadana de Cali. Más bien, como correspondió a la mayoría de las ciudades latinoamericanas y tal como se señaló atrás, Cali tendió un puente para resolver el conflicto entre la ciudad establecida y la marginada, a través de un proceso que tendía a lograr condiciones de civilidad, o de “ciudadanía de las virtudes”, especialmente, entre los “nuevos” habitantes de la ciudad. En dicho proceso tuvo asiento la imagen urbana que llamaba erróneamente al civismo. Se trató de un proceso efectivamente lento y coercitivo en el que la ciudad normalizada buscaba domeñar las pasiones, los desbordes de la ciudad anómica, a través de la imitación o el acatamiento de las normas y el respeto del orden dados... civilizar, sí, pero también domesticar.

Un ejemplo de este proceso, que bien puede llamarse civilizatorio, como quiera que al final de éste debía dar como resultado la instauración de patrones de conducta propios de cierto grado de civilidad, se obtiene de lo hallado en una columna escrita con preocupación sobre el desborde de la Feria de Cali y la relación con la imagen de ciudad que la misma ofrecía:

“¿Vale la pena continuar con la feria hecha hace 26 años?.. Valdría la pena hablar sobre cuál es la imagen que se pretende dar a Cali, porque los caleños no nos podemos decir mentiras: somos la ciudad de la parranda, del trago, de la salsa y muchas veces del relajo. La sola idea de estar en esta ciudad despierta toda clase de apetitos [...] ¿Para qué clase de público se hace?, ¿la hacen los ricos para distraer al pueblo?, ¿la hace el pueblo para sí mismo?” (El País, 3 de enero de 1982).

En igual sentido se pronunció el periódico en su editorial al llamar la atención sobre la realización del evento ferial para una ciudad con un crecimiento demográfico intenso, “La Feria de Cali se abre vía al ocio a consecuencia de la delincuencia. Hay que poner orden en el desborde pasional que estos hechos generan. Vivimos en el trópico ululante y no es sensato dejar de atender el apremio de las tradiciones de un conglomerado en abierto proceso de formación y decantación de su cultura; pero por lo menos hay que poner orden en el desborde pasional que estos hechos generan” (El País, 3 de enero de 1982).

Se llamaba entonces a un refrenamiento de las pasiones que, justamente, según la tesis eliasiana, supone un mayor grado de civilización: el autocontrol impuesto a pulsiones primitivas: la civilidad. Pues bien, lo que señala Norbert Elias es que el proceso civilizatorio que implica la dominación del desenfreno, la regulación de la emotividad, la refinación de las conductas, se presenta siguiendo una dirección y un orden determinados, no planificado (no intencional), a través de un movimiento que no siempre resulta pacífico, pero que, al final, se cristaliza siguiendo una transformación del entramado social, según una “centralización creciente de los ámbitos de dominación y de una especialización más rica (de funciones sociales ante la presión de la competencia social), así como de una integración más sólida de las personas” (498), para propiciar lo que Debray manifestaba, una vida en común a través de la cortesía.

Elias también es claro en afirmar que “a consecuencia de la mayor interdependencia entre las diversas clases, que produce contactos más estrechos y tensiones continuas entre ellos, la circulación de los modelos es más rápida...” (510). Y este no era precisamente el contexto de Cali, al contrario, estaba caracterizado por una escasa movilidad ascendente, una sociedad altamente jerarquizada y en condiciones de vida social contrastantes y conflictivas en las que, según lo advierte el autor, “las clases que se encuentran perpetuamente bajo la amenaza del hambre o que viven reducidas a la miseria y a la necesidad, no pueden comportarse de modo civilizado...” (513), por más enfático y ruidoso que sea el llamamiento al civismo, por más imagen cívica que se pretenda. La sinécdoque (tomar el todo por la parte, como por ejemplo, “la calle 5ª. es Cali”) o la hipérbole (todos somos Cali o Cali es nuestra casa) fueron exactamente eso: figuras retóricas frente a la compleja realidad social de Cali.

De allí que un diagnóstico realizado por la Universidad del Valle, a finales de los años ochenta, a través de la iniciativa promovida por diversas entidades gremiales y de gobierno local, recogida en el “programa ciudadano, la Cali que queremos”, haya entregado que “a pesar de las imágenes de Cali como ciudad con un alto nivel de civismo, la vida cotidiana de los caleños está plagada de conductas sociales poco respetuosas de los bienes y espacios comunitarios y de relaciones violatorias de las normas de convivencia ciudadana. En esto se expresa, bien a las claras, la vigencia muy limitada de una conciencia de pertenencia a una comunidad ecológica y del respeto a los derechos del otro, en cuanto ciudadano” (Hernández, 1990:32-33).

Se puede finalizar señalando que “para crear y poner en funcionamiento un super-yo estable era preciso, y sigue siéndolo, un nivel de vida relativamente elevado y un grado razonable de seguridad” (Elias, 1998:513) y esto justamente faltaba en una sociedad jerarquizada, en una ciudad desordenada, desigual y violenta. Es decir, a un pobre, a un marginado, no se le puede demandar civilidad, buen trato, una refinación de sus modales, autocontrol... mucho menos civismo.



Fuentes documentales

- Bedoya, Gerardo. Civismo y Panamericanos. En: *El País*. Cali (5 de enero de 1971); Opinión, p. 5. En Cali nacen 120 niños por día: notarios. En: *El País*. Cali (16 de marzo de 1980).
- Escalada terrorista contra inspecciones. En: *El País*. Cali (15 de abril de 1984); Judicial. p. C8.
- Frustran atentado con bombas. En: *El País*. Cali (28 de abril de 1984). p. 1.
- Siguen en Cali operativos contra el narcotráfico. En: *El País*. Cali (5 de mayo de 1984); p. 1.
- Mendicidad en Cali. En: *El País*. Cali (6 de mayo de 1984); p. A-4.
- Toma sangrienta en Yumbo por el M-19. En: *El País* (12 de agosto de 1984); p.1.
- Caos del tránsito en Cali. En: *El País*. Cali (30 de septiembre de 1984); p.1
- Crece empleo profesional en Cali. En: *El País*. Cali (10 de octubre de 1984); p. B1.
- La violencia, personaje del año. En: *El País*. Cali (30 de diciembre de 1984). Nacional. p. B-4.
- Cali, Chipchape y Yumbo. En: *El País*. Cali (23 de julio de 1986); Metropolitana. p. B1.
- Inició la FAC: plan para embellecer los barrios populares. En: *El País*. Cali (11 de mayo de 1986); p. A7.
- López, Oscar. Gratitudes. En: *El País*. Cali (22 de julio de 1986); Opinión; p. A4.
- Homenaje a Cali: En: *El País*. (Cali 30 de junio de 1986); p. B1.
- Camacol se vincula a construcción de 4 bahías de parqueaderos. En: *El País*. Cali (14 de junio de 1986); p. B1.
- Sociedad de amor por Cali se suma a eventos culturales. En: *El País*. Cali (13 de junio de 1986); Opinión. p. A5.
- Enluciendo a Cali. En: *El País*. Cali (13 de mayo de 1986); p. A2.
- Vamos a arreglar a Cali: comité de la campaña cívica hizo un llamado a empresas y a la comunidad. En: *El País*. Cali (24 de mayo de 1986); p. B1.
- Vergüenza caleña. En: *El País*. Cali (24 de mayo de 1986); p. B2.
- Hurtado, Gloria. ¿Somos o no somos?: En: *El País*. Cali (4 de agosto de 1986); p. A4.
- La nueva cara de Cali. En: *El País*. Cali (17 de agosto de 1986); Metropolitana. p. A7.
- Azuero, Gustavo. La nueva cara de Cali. En: *El País*. Cali (5 de agosto de 1986); Opinión. p. A4.
- Creados comités cívicos para conservar la calle 5ª. En: *El País*. Cali (6 de agosto de 1986); p. B1.
- Lo que más me gusta de Cali. En: *El País*. Cali (10 de agosto de 1986); p. A3.
- Propone el comercio: plan para el centro de Cali. En: *El País*. Cali (8 de septiembre de 1986); Metropolitana. p. B3.
- Anuncian cierre de almacenes en el centro de Cali. En: *El País*. Cali (2 de septiembre de 1986); p. A8.
- Continuará peatonalización en Cali: Planeación Municipal. En: *El País*. Cali (18 de septiembre de 1986); p. A2.
- Reestudiarán obras del centro. En: *El País*. Cali (25 de septiembre de 1986); pp. 1 y B1.
- López, Beatriz. ¿Y qué dicen los peatones? En: *El País*. Cali (27 de septiembre de 1986); p. A5.
- En la calle 5ª. En: *El País*. Cali (1º. de agosto de 1986); p. 1.
- Otra vez. En: *El País*. Cali (9 de septiembre de 1986); p. B1.
- Canecas para aseo. En: *El País*. Cali (9 de agosto de 1986); p. A4.
- Nuevo estilo. En: *El País*. Cali (11 de agosto de 1986); p. B2.
- Gaviria, Octavio. La calle 5ª. En: *El País*. Cali (17 de septiembre de 1986); p. A4.
- Kattan, Farouk. El centro en emergencia. En: *El País*. Cali (13 de septiembre de 1986); p. A5.
- Cali: ciudad desproporcionada, afirman los arquitectos. En: *El País*. Cali (17 de septiembre de 1986); p. C1.
- Fuertes críticas contra desarrollo arquitectónico. En: *El País*. Cali (11 de agosto de 1986); p. B2.
- La ciudad para el hombre. En: *El País*. Cali (12 de agosto de 1986); p. A5.
- Desarrollo urbano. En: *El País*. Cali (9 de agosto de 1986); p. B1.
- Aguablanca, vía para escapar de arriendos caros. En: *El País*. Cali (14 de septiembre de 1986); Metropolitana, p. A7.
- En Cali, cuatro crímenes de los pistoleros motorizados. En: *El País*. Cali (7 de agosto de 1986); p. C7.
- Ola sangrienta: 15 asesinatos a manos de sicarios. En: *El País*. Cali (6 de septiembre de 1986); Judicial, p. D6.
- La lucha contra el crimen. En: *El País*. Cali (6 de septiembre de 1986); Opinión. p. A4.
- Poner fin a la violencia pide min-Defensa: 300 policías más para Cali. En: *El País*. Cali (20 de septiembre de 1986); p. 1.
- El fracaso esperado. En: *El País* (3 de enero de 1982). Opinión. p. 4.
- La Feria de Cali. En: *El País* (3 de enero de 1982). Editorial. p. 3.



¹ Magister en Sociología, integrante del grupo *Procesos y medios de Comunicación*, de la Carrera de Comunicación de la Universidad Javeriana-Cali.

² Debe acotarse que los alcances de este artículo hacen parte de una investigación más amplia que abordó el estudio de tres representaciones sociales urbanas de Cali: ciudad deportiva, cívica y sede del narcotráfico. Para estas tres se tuvieron en cuenta distintas situaciones ocurridas en la segunda mitad del siglo pasado, así: ciudad deportiva: VI Juegos Panamericanos de Cali, realizados en 1971; ciudad cívica, 450 años de la ciudad en julio de 1986; ciudad sede del narcotráfico mundial, muerte de Pablo Escobar Gaviria, en diciembre de 1993. Ello permitió ver, de paso, cambios trascendentales en la realidad social local en este lapso.

³ Berian también apunta que dicho mundo instituido de significaciones sociales lo comprenden las técnicas, morales, artísticas, mitológicas, etc.

⁴ Como se trata de un estudio de caso, tal como se señaló, el estudio se sustenta básicamente en el diario *El País*, de Cali.

⁵ Camacho, Álvaro y Guzmán, Álvaro. Colombia, ciudad y violencia. Bogotá: Foro Nacional, 1990. Hernández Lara, Jorge et al. Cali: pasado, presente y futuro. Cali: Universidad del Valle, 1990. Restrepo Hung Marcela, "La Cali cívica: heterogeneidad de una imagen", monografía pregrado de Sociología, Cidse, 1997. Velásquez Fabio, "Ciudad y participación". Editorial Universidad del Valle, 1997.

⁶ El subrayado no está en el original.

⁷ El subrayado no está en el original.

⁸ En los dos casos de esta cita, lo subrayado no aparece en el original.

⁹ Ese sábado era 26 de julio, es decir, un día después de la fecha conmemorativa de la fundación de Cali.

¹⁰ A propósito del ejemplo referido, en el material gráfico revisado en el presente estudio no aparecen situaciones "cívicas", como limpieza, enlucimiento, etc. en barrios (de) "establecidos".

Referencias

- Balandier, George. (1994). *El poder en escenas*. Barcelona: Paidós.
- Beriain, Josetxo. (1990). *Representaciones colectivas y proyecto de modernidad*. Barcelona: Editorial Anthropos.
- Camacho, Álvaro y Guzmán, Álvaro. (1990). *Colombia, ciudad y violencia*. Ediciones Foro Nacional.
- Colmenares, Germán. (1997). *Cali: terratenientes, mineros y comerciantes*. Siglo XVIII. Bogotá: TM editores.
- Durkheim, Emile. (1993). *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Editorial Alianza.
- Elias, Norbert. (1998). *El proceso de la civilización, investigaciones sociogenéticas Y sicogenéticas*. Méjico: Fondo de Cultura Económica. También: Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados. En: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: editorial Norma.
- Escorcia, José. (1981). La sociedad caleña en la primera mitad del siglo XIX. En: *Santiago de Cali, 450 años de historia*. Cali: Alcaldía de Santiago de Cali.
- Godelier, Maurice. (1990). *Lo ideal y lo material, pensamiento, economías, sociedades*. Madrid: Taurus Humanidades.
- Granados, Aimer. (1996). *Jurisdicción territorial, discurso modernizador y virtud cívica en Cali 1880-1915*. Cali: Colección de autores vallecaucanos, Gobernación del Valle.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. (1998). *La ciudad representada, política y conflicto en Bogotá*. Bogotá: TM editores.

Hernández, Lara Jorge, et al. (1990). *Cali: pasado, presente y futuro*. Cali: Universidad del Valle-Cidse.

Llano, Alejandro. (1999). *Humanismo cívico*. Barcelona: Editorial Ariel.

Martín-Barbero, Jesús. (1987) cfr. “Discurso de prensa: el mito de la información”. Departamento de Ciencias de la Comunicación, Universidad del Valle.

Moscovici Serge. (1973). *El psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires: Editorial Huemul.

O’Donnel, Guillermo. (1999). *Pobreza y desigualdad en América Latina: algunas reflexiones políticas*. Buenos Aires: Paidós.

Regis, Debray. (2000). *El civismo explicado a mi hija*. Barcelona: Muchnik editores.

Romero, José Luis. (1999). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Rosanvallon, Pierre. Conferencia sobre el tríptico de la historia de la Democracia en Francia, de Pierre Rosanvallon, a cargo de Fernando Botero Herrera. Material entregado en el curso de la *VII promoción de la Maestría en Sociología*. Universidad del Valle, octubre de 2004.

Ulloa, Alejandro. (2000). *Globalización, ciudad y representaciones sociales: El caso de Cali*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.

Wallerstein, Immanuel. (2006). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Recibido: septiembre 30 / **Aprobado:** diciembre 1 de 2012